



“En Grand Central Station
me senté y lloré”
Elizabeth Smart

PERIFÉRICA

Resulta imposible no desear que el título del debut de Elizabeth Smart se convierta en una realidad más o menos inmediata una vez el libro esté entre las manos. Pasión mayúscula y poesía de una intensidad extrema se abrazan en esta obra de culto que Periférica ha hecho bien en reeditar para inaugurar su nueva colección, Largo recorrido. Publicada en 1945, la novela recoge parte del tormentoso romance de la autora con el también poeta George Barker, de quien se enamoró apenas leer sus textos en una librería de Charing Cross, Londres. Él tendría con Smart cuatro de sus quince vástagos, todos bajo el estigma de la ilegitimidad, pero jamás llegaron a convivir. “*Recuerda: yo no soy el desahogo, sino la meta*”, le subraya la protagonista a su amado ausente. Barker, por su parte, también ficcionalizaría la relación de ambos en “*The dead seagull*” (1950), donde responde que el amor, el suyo y el de Smart, es “*el gran destructor*”. Su *affaire* aún duraría unos cuantos años más y el libro de Smart, que en Canadá, patria de la escritora, no llegó a ver la luz por prohibición expresa de su prominente familia, se colaría en las estanterías de la casa de Barker con su mujer Elspeth, convirtiéndose en el favorito, paradojas de la vida, de la hija de la pareja y también escritora, Raffaella Barker. Morrissey y Enrique Vila-Matas también se dejaron cautivar por el poderoso verbo de Smart. De hecho, el barcelonés es el único, a día de hoy, que afirma haber logrado ser el título de la novela. Afortunado. Arantxa Ruiz

